

ILUSTRACIONES

Marcela Motta . María Pinto . Noemí Spadaro



ALBUM DE PERSONAJES

de la literatura argentina

Rafael Bielsa . Fernando Fagnani

Salvador Gargiulo . Luis Gusmán



INDICE

3 Introducción

6 Prólogo

10 Alejandra

11 Alias Gardelito

12 Rosa Comte

13 El buscador de oro

14 Esa mujer

15 Faustine

16 Ida

17 Julieta y Guido

18 La Maga

19 Sandra Opaco

20 Poli

21 Rosaura

22 Epílogo

INTRODUCCIÓN

El diccionario es un género cuanto menos pasado de moda. Ya no se escriben diccionarios: el enciclopedismo quedó obsoleto luego de que el siglo XIX lo llevó a su paroxismo. Y si los diccionarios ya no existen, cuánto menos existirán los álbumes, renomé de una barbarie infantil, de premios de colegio, de figuritas de chapa y brillantina.

Ya no hay diccionarios ni álbumes, decíamos. Ni las sumas de saber ni los recordatorios se inscriben dentro de las necesidades de nuestra época. El afán totalizador, acumulativo; la pretensión de abarcar cada uno de las especies que hacen a un género ya no parece probable ni posible, ya sea porque los casos se hicieron incalculables, ya sea porque el mundo digital los puso al alcance de un click.

Así pasaron a la historia los glosarios, los diccionarios de sinónimos, de ideas afines, las guías de turismo y todas aquellas empresas que pretendían cubrir, en una misma apuesta, el caudal de una única, aunque pródiga, vertiente. ¿Para qué entonces un álbum de personajes, cuando bien podría decirse que su único mérito estribaría en el efecto acumulativo, que apenas nos eximiría de ir a buscarlos, uno por uno, en cualquier página virtual?

El problema, entonces, podría ser otro: el modo de entender un diccionario. O en este caso un álbum. ¿Por qué no, entonces, un álbum de personajes tratados en escorzo y lejos, muy lejos, de toda pretensión enciclopedista? Un modo, quizás, de imprimirle nuevos aires a un género aletargado,

que al divorciarse de su compromiso con la verdad termina ligándose, inevitablemente, al ensayo, cuando no, en el mejor de los casos, a la prosa poética, sin perder en todo caso su precisión y brevedad.

Estos perfiles no tratan de trazar genealogías, ni contrapuntos, ni de hurgar en la obra del autor las recurrencias de personajes análogos, ni menos, mucho menos, pretenden descubrir cuánto se parece el personaje a su propio creador. La mirada surge del propio recuerdo, si se quiere, o del efecto especular que surge de otra mirada: la de cada ilustradora.

¿Qué resulta de esto? Una obra única –curiosamente singular en una literatura que ya lleva más de un siglo y medio de producción ininterrumpida–, sin mayores antecedentes en las letras argentinas y más cercana a una suma de alumbramientos que al fruto de una exégesis especulativa. Una apuesta doble, en todo caso, pues cada personaje es además interpretado por una artista plástica, en un contrapunto que descuenta la intervención del propio lector, al convocar a su vez la huella que tal y cual personaje imprimieron en su memoria.

Esta primera obra integra un plan mayor: el de una pequeña biblioteca de álbumes consagrada a personajes literarios. El siguiente título, tratado en idéntica clave, compendia muertes notables de personajes literarios rioplatenses, mientras que el tercero aborda heroínas librescas –valga el anacronismo del sustantivo– y el cuarto sigue el rastro de niños y niñas, también presentes en varias obras memorables de nuestra literatura.

Le siguen a éstos otros tres, aún en barbecho: dúos inseparables, hoteles y personajes secundarios de la literatura argentina.

Por último resta aclarar que el lector tiene entre manos, o en su pantalla, extractos o “libros chicos” de cada título, que serán oportunamente ampliados a la hora de volcarlos al papel impreso.

El elenco de autores -vasto y cambiante- constará en la portada de cada álbum.

SALVADOR GARGIULO

PRÓLOGO

Darío escribía sobre algo tan efímero como el aire, ya que por encargo unas palabras suyas se grababan en los abanicos; o sobre lo eterno, cuando le pedían escribir epitafios. Y también sobre el recuerdo cuando era también escritor de álbumes.

Cuando Mansilla habla del retrato de medio cuerpo de Derqui en el Congreso dice, después de describirlo, “Bueno, es un modo de hablar”.

Los retratos por parte de un escritor también son un modo de hablar. Podemos extender la metáfora de Mansilla y decir que, para las pintoras que intervienen en esa obra, el retrato de un personaje literario es un modo de mirar.

Este álbum no es cronológico ni pretende seguir el recorrido de los personajes de la literatura argentina, ya que éstos aparecen de modo intermitente. Entre los siglos XIX y XX, los personajes aparecen y desaparecen como esos lagos que surgen y desaparecen de la tierra.

Hablemos de los que permanecen: la Cautiva, la primera mujer, y anónima; Amalia, y luego ese dúo inseparable de Fierro y Cruz, y el primer personaje secundario inolvidable: el viejo Vizcacha.

Así se fue armando nuestra literatura. En esa tensión entre personajes centrales, Facundo, y marginales, rastreadores, lenguaraces.

Facundo y Moreira forman parte de un mestizaje que se va entreverando en esa historia. Qué mejor desdoblamiento que esos retratos de Facundo que se exhibían en los velorios figurados que se hacían en honor del general Quiroga. No estaba el cuerpo, pero sí el retrato.

Podemos decir que ese desdoblamiento se prolonga en los alter egos de los escritores, Piglia-Renzi, Saer-Tomatti, Martini-Minelli y, cuando se hacen dúos, Bustos Domecq en Borges y Bioy. Y por qué no Adán Buenosayres y Marechal.

Con Arlt, el desierto entra en la ciudad e invade de locos la literatura argentina: Erdosain, el rufián melancólico, la coja, la bizca. Nuestra literatura se va haciendo y deshaciendo de personajes: Morel, Funes, como opuestos a los arltianos.

Con Alejandra, de Sábato, y La Maga, de Cortázar, los personajes femeninos retornan a nuestra literatura en el setenta. Por entonces más de una chica perdían la cabeza por ser ellas. Son los personajes femeninos que después retornan con Puig en sus Boquitas pintadas. O con el niño proletario, de Osvaldo Lamborghini, ese personaje que parodia una literatura que era ya un remedo del género realista.

Algunos tienen nombres propios: Emma Zunz, Molina, los Pichiciegos, ese plural que también lo es. María Moreno impone Sandra Opaco.

Quizás este álbum, como aquellos álbumes de fin de curso, guarda trazos y rastros, palabras pintadas que renuncian a una historia continua donde el espesor y la densidad de lo continuo hace que estos retratos se parezcan todos entre ellos.

Ni las siluetas escritas ni los cuadros esfumados en sombras que suelen pintar, parafraseando a Bianco, que parafrasea al verso de Góngora, siguen esa continuidad o esa densidad que a veces exige cualquier historia de la literatura.

Por eso ni manual, ni historia, y sí álbum, más pequeño, para coleccionar: recuerdo álbumes de jugadores fútbol, de superhéroes, de actores y actrices. Como en *El carapálida*, de Luís Chitarroni, donde en la foto de curso siempre está la presencia fantasmal de un alumno que no está. Como aquellos álbumes de la infancia donde siempre faltaba una figurita para completarlo. Pero nada impide la ilusión de seguir juntando.

El cine tiene esa posibilidad con mayor o menor fortuna. Voy a citar dos casos afortunados. El Moreira de Favio, interpretado por Rodolfo Bebán, cuando ya herido de muerte mira al cielo y dice: “Con este sol”. Igual suerte tiene la película de René Mujica, cuando Francisco Petrone interpreta al corralero, y ya moribundo, para ahorrarse la mueca final ante los otros, dice: “Tápenme la cara”.

Más allá de la descripción literaria del personaje cuenta el cuerpo de *Esa mujer* del cuento de Walsh, la renguera de Hipólita, el cuerpo agujereado de Moreira. Estos son nuestros retratos. Pero un retrato puede tener movimiento, vida en una mueca, un rictus, en la posición de la cabeza, en la mirada.

Este podría haber sido un libro de arte, una obra de gran formato, pero en realidad es un álbum con breves anotaciones casi al borde del epigrafe. Los textos no interpretan los personajes evocados en los retratos de Noemí Spadaro, María Pinto y Marcela Motta, no se reducen exclusivamente a la lectura ni tampoco al impacto visual suscitado por el personaje en cada artista, como si esos personajes, al adquirir la materialidad propia del dibujo o de la pintura, tomaran otra dimensión diferente. Es posible que cuando el lector vea estos personajes pintados haya encuentros y desencuentros, encantos y desencantos, porque ni ahí se parezcan a cómo se los había imaginado.

Si toda fundación convenimos, es mítica, si cierto borgismo siempre será pertinente, podríamos considerar que toda tradición también lo es. Entonces: Se me hace cuento que tal personaje, o tal otro, la fundó.

LUIS GUSMÁN

ALEJANDRA

ERNESTO SABATO



Hubo una época en que todas las mujeres querían ser Alejandra. La palidez, la belleza mal asumida, el sarcasmo, el misterio. El laconismo, que para todo enamorado es misterio. Era condición que fuese, como quería Baudelaire, bella y triste, frase que a Alejandra –a las Alejandras– hubiera conmovido, aunque jamás lo habría confesado. Hubo una época en que todas las mujeres eran Alejandra. Alguien me explicó también, mientras declaraba mi devoción por las Alejandras, que la figura era un invento francés. Alguien dijo también que las Alejandras te llevan inexorablemente a la ruina, lo cual debió parecerme entonces una excelente propuesta.

No tengo presente el resto de la obra, pero me acuerdo de la primera escena en el Parque Lezama, y de Martín –¿cuántas veces fui Martín? – hechizado ante la figura colosal de una adolescente que sabía demasiado. La otra escena ocurre en Rocas Negras –una playa desierta de Mar del Sud–, de noche, bajo un cielo de borrasca. Alejandra se desnuda y desafía a Martín – el tentado, el emasculado– a hacer lo mismo, mientras él le suplica cordura.

Era la primera vez –y la última– que la veía desnuda. Martín se espanta, emprende la fuga –yo hubiera emprendido la fuga– y Alejandra blasfema y se arroja al mar mientras yo –Martín permanece impávido en la orilla– voy tras ella, una, mil veces, tantas como releí este pasaje de *Sobre héroes y tumbas*. Hasta que un día, después del después, Alejandra y las Alejandras se convirtieron, insensiblemente, en lo que son hoy: quince líneas subrayadas de un libro roto por el medio, amarillento, que trae a la memoria un rostro inmaculado –el más hermoso rostro que cabe imaginar– pero inanimado y reseco, como todo aquello que alguna vez se nos brindó y no supimos recibir.

S.G.

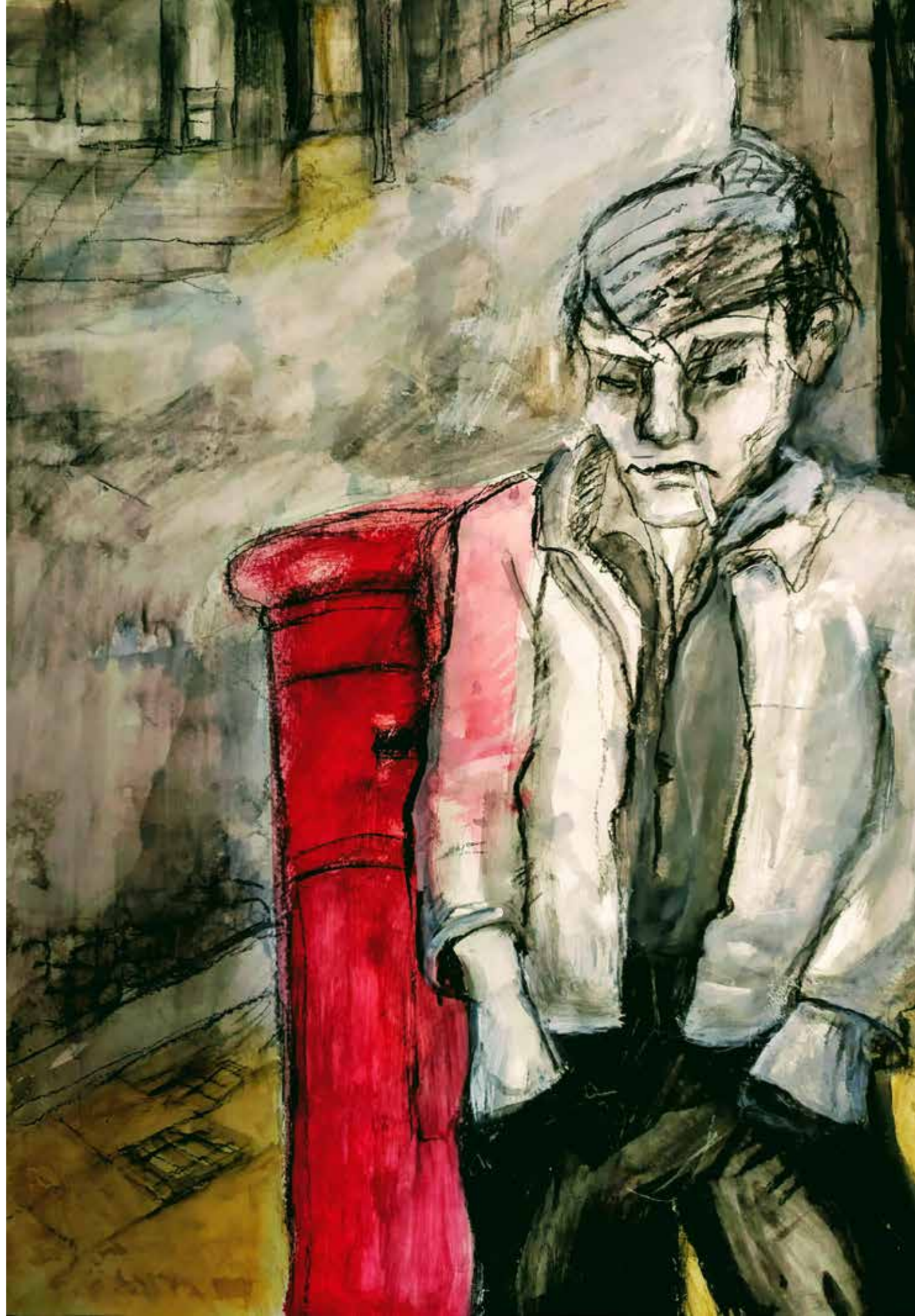
ALIAS GARDELITO

BERNARDO KORDON

"Ni el pelo brillante a la gomina, ni las cejas de Gardel, ni aquella mirada de vidrio boreal que saqueaba ilusas, ni los dientes del Zorzal Criollo. Sólo la comarca gangosa de la ojeada negra -ojos azotadores, zainos, al acecho-, un cepo lobero con las púas melladas y sus resortes tensos.

Apretados en los bolsillos, los puños del funyi y las palomas, y el borrascoso naufragio, que lo hunde en la vereda. Un más allá de zinc y bancos de mampostería, harapos del barrio de las visiones. El rojo permanganato, que contagia; un buzón desamparado y su doble, "Alias Gardelito". Gotea un amarillo bilioso desde el norte. Volver a su casa, a cantar una canción en un sitio de cenizas. Lo demás, sombra y presagio.

R.B.





ROSA COMTE

LUIS GUSMÁN

En La Pampa lejana, en un barrio mísero, cada tarde Rosa Comte toma el ómnibus y visita a su hombre, en la cárcel. Un pasado exhausto y sin orgullo, un futuro extinguido, la mantienen ahí. Sin embargo, para un peletero de apellido Landa, ese pasado encierra enigmas; esa mujer un magnetismo que lo cautiva. Viaja para conocerla. Cuando se produce el último encuentro, Landa hace lo que nunca hizo por una mujer: le regala un tapado de piel. Para no olvidarla nunca y fijarla en su memoria, para descubrir, sin saberlo, que la devoción no acompaña bien al deseo. El cuadro es acaso el momento siguiente. Rosa Comte está una vez más sola, con la mera compañía de un perro, ubicado al cobijo de su sombra. Un doble acento de la soledad. Nadie la tiene en su mirada, ella ha cerrado los ojos. La cabeza levemente inclinada, rozando la piel del tapado, y las manos embutidas en los bolsillos sugieren un momento de íntima ternura, la breve captura de un recuerdo feliz. El fondo blanco, más no intenso, con el desparejo recuadro de un color que remite a su nombre, enmarcan la sencillez y la detención de una vida. El perro mira al frente, buscando al testigo que ya no está.

F.F.

EL BUSCADOR DE ORO

ROBERTO ARLT

El buscador de oro es uno de los locos de Arlt. En el cuadro de Marcela Motta advertimos la mirada codiciosa. El buscador es decididamente un mentiroso. No hay oro, hay que encontrarlo.

En realidad, el buscador de oro y Erdosain, conversan sobre la verdad y la mentira, como dos predicadores políticos. Estamos en el mundo de Arlt, por lo tanto, el desierto entra a la ciudad, como la ciudad se fuga al desierto.

Con lo cual la conspiración y la utopía revolucionaria podrían ocurrir tanto en un lugar como en el otro.

L.G.





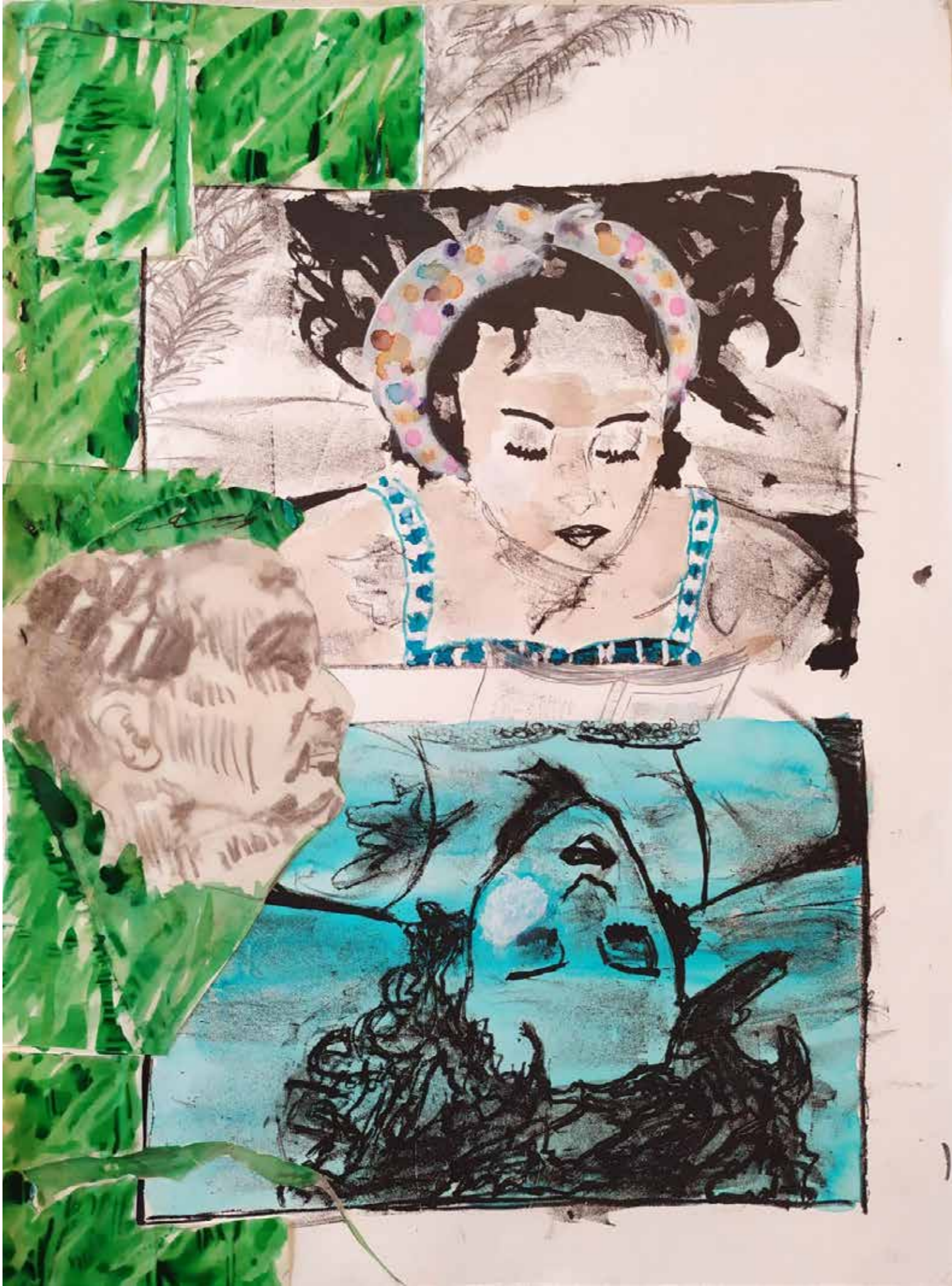
ESA MUJER

RODOLFO WALSH

Primero, es el manchón, la gama de grises de la historia. De La Historia. La segunda mirada es una panorámica horizontal en barrido: los trazos de un relato contado por muchos, por muy pocos escrupulosos, nunca aislado ni saldado. El hombre y sus manos pavorosas, los vellos cifrados de sus dedos, y esa mujer, observada, temida, vergonzante.

Tintas, algodón y pinceles con pelo de tejón. Después sí: la composición en su polifonía. La pastora manca de caolín saturado, el reloj que cuenta las horas, la botella de olvido y rabia, el pastillero cascado de cerámica vienesa, esa mujer, tomándose el vientre preñado de rastros. Y a la derecha el puerto, celeste de plata, y los mechones de la mujer, un delgado amarillo de sol, un hirviente invierno.

R.B.



FAUSTINE

ADOLFO BIOY CASARES

La literatura inventó que una isla solitaria siempre es un buen refugio para esconderse.

Faustine, la heroína de *La invención de Morel*, es espiada por un fugitivo.

La mujer está acostada en la playa leyendo un libro. Nunca sabremos su título ni su autor.

Bioy descubre que las maquinas que reproducen y capturan las imágenes son aún más siniestras que los monstruos que habitan *La isla del doctor Moreau*, de Wells.

Si bien la historia nos cuenta que Faustine siempre permanece igual a sí misma, la pintura de Spadaro nos revela dos imágenes de ella, una afuera de la máquina y otra adentro. No son idénticas.

El fugitivo descubre el mecanismo diabólico. Un día ve entrar a Faustine en la máquina. Hechizado va detrás ella. Primero introduce un brazo, después otro.

Nunca sabremos si el libro que leía Faustine entró con ella o está en algún lugar de la playa, esperando a otro fugitivo o quizás a otra lectora.

L.G.

IDA

RICARDO PIGLIA

Cuando leí la novela de Piglia, lo indecible en su escritura hipnótica y llana me tomó de la mano y ya no la soltó. Al ver el cuadro, me capturó el ardiente amaranto de los labios, que lleva a unos ojos de estanque, en donde nada con helada sugestión la imperfección de una mirada imposible. Allí está el imán, en la pintura.

Ojos que producen una sensación de extravío, la que sucede cuando se percibe lo que no se recibe, lo que está dirigido a otro. Se sabe por su cólera sensual, por su celibato de dúo. Porque la textura es pedernal.

Atrás están los libros. La silueta suelta un aura, vaporosa, aunque energética, que la separa de los anaqueles y los lomos, pero al mismo tiempo los hace de una misma substancia.

Aquí, la realidad pictórica tiene su propia música de fondo, una melodía infausta que se hunde en lo más hondo de la infancia.

La elegancia jeroglífica con que Ida se echa el chal sobre los hombros –limones, aguamarinas, limadura de carbón– no basta para cubrir la flor sobre el seno: dalia, parche, corazón calcinado.

R.B.



JULIETA Y GUIDO

PAULA VÁZQUEZ

A Julieta, Guido le propone matrimonio. No es que ella dude, es que el tiempo de lo cotidiano se le viene encima y queda encerrada en un ascensor.

El suspenso del relato es que Guido espera una respuesta por parte de Julieta, que no llega.

Mientras tanto, ella mira fotos viejas con una amiga, y en cada una pasa la vida, la infancia, la secundaria, el casamiento, los hijos.

En la escena final, ella sube nuevamente al ascensor para ir a la casa de Guido. Él la recibe y le muestra en la pantalla de la computadora las pirámides de Giza.

Los dioses de la noche, el relato de Paula Vázquez, invierte el final de *Una noche terrible*, de Roberto Arlt, en que un hombre huye a Montevideo unas horas antes de casarse.

En el final de *Los dioses...*, Guido le ofrece a la chica un crucero por el Nilo.

La historia termina donde tenía que terminar: el lector nunca se entera si ella le dijo sí, o no.

L.G.



LA MAGA

JULIO CORTÁZAR



¿Encontraría a La Maga? La pregunta convoca ya un misterio. No solo si la encontraría, sino quién es La Maga. Edith Aron, una de las magas posibles, confiesa en un reportaje: “Para mí, La Maga no fue nadie y fueron todas”. Nada más cierto. Cuántas chicas de los sesenta no solo le hubiese gustado serlo sino que lo fueron. Basta leer este fragmento de *Rayuela*:

“... con un dedo toco el borde tu boca, voy dibujando, como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar... con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano en tu cara y que por un azar que no busco comprender coincide exactamente con tu boca que sonrío por debajo de la que mi mano dibuja...”.

Tal vez, por un azar incomprensible, la mano de la pintora, en este dibujo, la encuentra borracha. Podría haber otras. La cosa pasa por deshacer y recomenzar. Basta cerrar los ojos.

L.G.



SANDRA OPACO

MARÍA MORENO

El nombre es perfecto: la calle es dura y callejear vuelve opacos hasta los brillos.

Todo sucede en Plaza Once, menos conocida como Miserere.

María Moreno, como se dice, es del barrio. Lo conoce desde las prostitutas a los pastores vendiendo biblias.

Ella me recordó, para contar una despedida, el poema de Borges sobre Delia San Marcos. Un adiós de una calle a la otra del Once.

Sandra Opaco ha iniciado conscriptos. Uno recuerda, después de leer Banco a la sombra, que las cosas en la plaza pueden suceder a pleno sol. Pero este relato tiene la belleza de lo opaco, del brillo perdido, y sin resultar nostálgico ni melancólico. Fue tramado con una mezcla de palabras tiernas y canallas, una combinación que pocas veces se hace posible, salvo cuando interviene una prosa de calidad poética.

L.G.

POLI

MATILDE SÁNCHEZ

El libro comienza anunciando que la historia que se va a contar sucedió hace muchos años en el Dock. Yo que anduve por ahí, sé que del Dock siempre hay algo que contar. Pero más adelante dice que el asunto no empieza en el Dock sino entre cuatro paredes. Sucede que más allá de la geografía real, en el Dock todo parece ocurrir entre cuatro paredes.

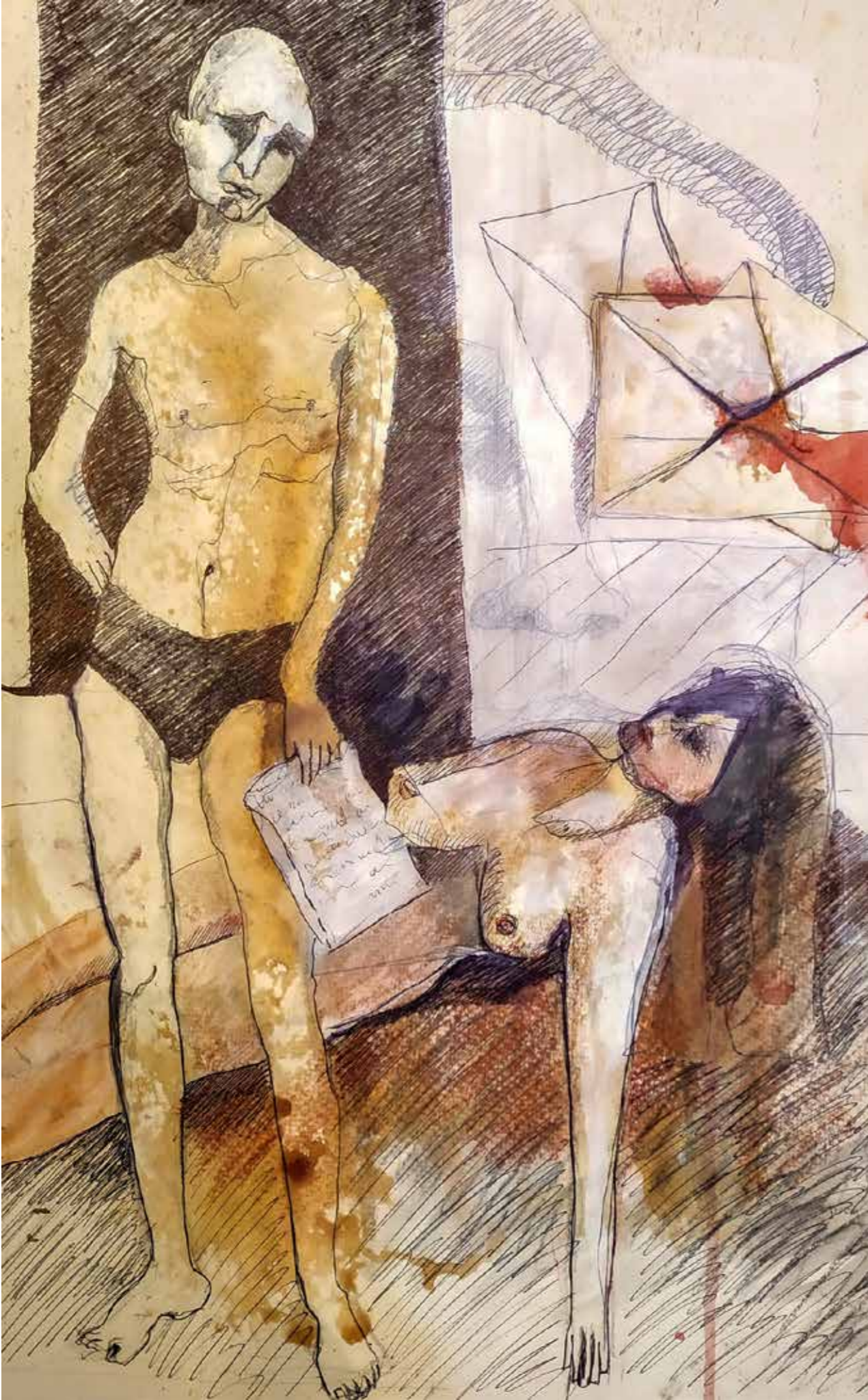
La acción comienza frente a la pantalla de un televisor. Una pareja ve un atentado terrorista al destacamento del Dock y una combatiente que yace tendida en el suelo. La muerta tenía un nombre de guerra: Poli. Con Poli, el Dock que estaba afuera de la geografía de esos dos entra de manera violenta y vertiginosa en su vida.

Quedan capturados: la pantalla, como la muerte, tiene algo hipnótico.

En un momento la pareja discute. Ella se queda sola frente al televisor. No cuenta qué mira. Es como si la pantalla, al desaparecer Poli de la escena, la hubiese dejado sola frente a la muerte. Al desaparecer la imagen comienza la otra historia de Poli. La pintora captó ese instante.

L.G.





ROSAURA

MARCO DENEVI

En 1955, Marco Denevi escribe su gran novela: *Rosaura a las diez*. Las diez, ya le sugiere al lector que a esa hora algo va a suceder. Es la historia de un retrato y su dama. Solo que, en lugar de un detective, hay un pintor.

Como en las novelas policiales de aquella época, la historia sucede en una pensión. Eso le permite al autor desplegar un procedimiento a lo Agatha Christie, donde todos los pensionistas son sospechosos. Denevi va creando el suspenso en el terreno más difícil para hacerlo: un estilo costumbrista, una lengua de época, personajes estereotipados. Pero la aparición y desaparición de la dama va sorteando estos obstáculos y captura al lector, que vacila y se pregunta: ¿Quién es Rosaura? ¿Es una criatura salida de la paleta del pintor? ¿Es real? ¿Es un sueño?

L.G.

EPÍLOGO

Hace algunos años, un atardecer, en un café del San Telmo. Ginebra de por medio, dos lectores departen sobre literatura argentina. Casi sin escucharse, hablando uno encima del otro. Se encabalgan en hallazgos, descubrimientos e injurias compartidas. Hay miradas suspendidas que expresan el recuerdo embelesado de un relato o un poema; todo transcurre en acuerdo, con imaginarios enemigos comunes, sin discordias. Hasta que surge una, en apariencia insuperable. El más bajo de ellos, con mueca casi displicente, anuncia:

—Pero no tenemos personajes. Es así. No tenemos una Madame Bovary, un Robinson Crusoe, un Raskólnikov, un Huckleberry Finn.

El otro, más joven, pero no menos enfático, se encoge de hombros.

—Esos son de hace siglos —responde—. Para el caso, nosotros tenemos a Juan Moreira y Martín Fierro, y hasta a Hormiga Negra.

—Todos bandoleros, y más bien rurales. No cuentan en esta discusión. Aparte, no vas a comparar.

Se produce un largo silencio; ambos miran por la ventana cómo se encienden las luces del Parque Lezama. Con los primeros reflejos, el empedrado brilla, como si acabara de llover. Parece que la discusión ha

quedado saldada, pero no: aunque lo que quería era salir a la calle y fumarse un cigarrillo, en ese intervalo el más bajito ha pulido sus argumentos.

—Está bien -comienza-, nos remontamos al siglo XIX. Si la literatura argentina empieza con Facundo, y con la interminable discusión sobre si eso puede leerse o no como literatura, va de suyo que los personajes a menudo tendrán que competir con todo aquello que en un texto no remite a ellos.

—En efecto, compiten y pierden. Porque carecemos de espíritu heroico -resume el otro.

—Los personajes no están en el centro -le dice, pasando por alto el comentario-; por lo menos no lo están tanto como en otras literaturas. Quizás porque creemos poco en los individuos que pretenden ser héroes. Sospechamos de esos, y yo creo que con razón. En otras regiones ocurre lo contrario, es verdad. Los anglosajones van de pionero en pionero. La lista es larga y diversa: piratas, exploradores, conquistadores de oriente y del oeste, emprendedores de toda laya, detectives, astronautas; los libros dependen de su respiración. Los rusos tuvieron muchos, casi todas las versiones del ser humano están ahí, mientras fueron rusos; cuando se convirtieron en soviéticos, esa productividad decayó. Otras naciones, al menos en el siglo XX, y no hablemos del XXI, tampoco es que cuenten con un bazar repleto. Cada tanto les sale alguno personaje entero y hacen una fiesta.

—Del siglo XX, menciono solo uno, para no abundar: no tenemos un cazador oculto, un Holden Caulfield.

—El ejemplo de siempre, por supuesto. De ese, paso; aunque acepto que me gustaría tener una Familia Glass argentina –termina la ginebra de un trago, le hace una seña al mozo para que traiga otras dos y sigue–. Hay una confusión, creo, entre personaje y emblema. La Familia Glass, por caso, son personajes; Caulfield, emblema. Robinson Crusoe, lo mismo. Y por supuesto, Martín Fierro y Juan Moreira. Para decirlo pomposamente: ponen en cuerpo presente los conflictos de una época y de paso la hacen visible y la estigmatizan. Los grandes personajes, los emblemas, son deudores de momentos muy precisos y diría que irrepetibles. Momentos donde urge fundar algo. Se podrían haber escrito esos mismos libros, con esos mismos personajes, sin que fueran emblemas.

—¿Así, tan fácil? ¿Estás seguro de lo que estás diciendo? ¿Y serían tan buenos los libros?

—Si lo pienso dos minutos, diría que no. Ahora digo que en el fondo es un tema de organización narrativa: por donde se hace pasar la narración. Si se subjetiviza, en manos de grandes escritores el personaje crece, hasta alcanzar la altura de mito. Claro, uno podría argumentar que si no se subjetiviza esos libros pierden mucho, quizás lo esencial. Pero también podemos recordar que otros grandes escritores eligieron un

camino diferente y no subjetivaron hasta tal extremo. Proust y Borges, por ejemplo. El mismo Faulkner, que tiene personajes memorables, no cae en esa tentación. Asume, con enorme perspectiva e inteligencia, que es más importante la otra cosa, llámese la tierra, tradición o las pasiones incestuosas. Un emblema no deja de ser un problema, es algo que casi no se puede leer. Exige identificación o rechazo. Desconfío de los personajes que se llevan todo. Prefiero los de línea media, los que dejan espacio alrededor, donde la luz o la sombra es tan importante como ellos. Los que no someten a la escritura.

El mozo dejó las dos ginebras y se alejó despacio. Siempre se sorprendía con esos dos: se pasaban las horas hablando y discutiendo de lo mismo, día tras día. Ahora bebían en silencio, y el más bajo movía la cabeza, negando, como si algo no le convenciera. El otro acabó el vaso de un trago, agarró los cigarrillos, dejó unos billetes sobre la mesa y se paró.

—Salgamos -dijo-, demos una vuelta por el parque que quiero fumar. Es peligroso -replicó el otro, sonriendo-, pueden aparecer los donguis, los personajes de Wilcock. ¿A que no te gustan? Son personajes que se comen todo, vendrían a ser emblemas, según vos.

—Hay excepciones, ese cuento me gusta mucho. Quizás porque los donguis son transparentes.

—Sí, lechones medio transparentes. Me pregunto si Wilcock no los habrá ubicado en el Parque Lezama para que se coman a Martín y Alejandra, los personajes de Sabato de *Sobre héroes y tumbas*.

—Si no lo pensó, le hubiera gustado pensarlo, eso seguro. Vamos ahora que están encendidos todos los faroles. Con luz, los donguis no salen de su cueva.

FERNANDO FAGNANI

PERSONAJES

ALEJANDRA

de *Sobre héroes y tumbas*, Ernesto Sabato

Texto: S.G. Ilustra: Noemí Spadaro

ALIAS GARDELITO

de *Alias Gardelito*, Bernardo Kordon.

Texto: R.B. Ilustra: Marcela Motta

ROSA COMTE

de *El peletero*, Luis Gusmán.

Texto: F.F. Ilustra: María Pinto

EL BUSCADOR DE ORO

de *Los siete Locos*, Roberto Arlt.

Texto: L.G. Ilustra: Marcela Motta

ESA MUJER

de *Esa mujer*, Rodolfo Walsh.

Texto: R.B. Ilustra: Noemí Spadaro

FAUSTINE

de *La invención de Morel*, Adolfo Bioy Casares.

Texto: L.G. Ilustra: Noemí Spadaro

IDA

de *El camino de Ida*, Ricardo Piglia.

Texto: R.B. Ilustra: Noemí Spadaro

JULIETA Y GUIDO

de *La suerte de las mujeres*, Paula Vázquez.

Texto: L.G. Ilustra: María Pinto

LA MAGA

de *Rayuela*, Julio Cortázar.

Texto: L.G. Ilustra: María Pinto.

SANDRA OPACO

de *Un banco a la sombra*, María Moreno.

Texto: L.G. Ilustra: Marcela Motta.

POLI

de *El Dock*, Matilde Sánchez.

Texto: L.G. Ilustra: María Pinto.

ROSAURA

de *Rosaura a las diez*, Marco Denevi.

Texto: L.G. Ilustra: Marcela Motta.